

Para una imagen revisionista de la Revolución de Mayo

El revisionismo parece advertir las consecuencias de su casi exclusiva preocupación por la figura y la época de Rosas: luego de años de esfuerzos no está aún en condiciones de ofrecer una imagen renovada y total de la historia argentina, sino tan sólo correcciones a la imagen tradicional que, por abarcar sólo un sector del pasado, deshacen, sin duda, esa imagen tradicional del proceso histórico argentino al hacer saltar de ella —en la medida en que tienen éxito— un eslabón esencial, pero no están en condiciones de reemplazarla. Una necesidad interna —aparte otros estímulos ajenos a la curiosidad histórica— está entonces llevando al revisionismo a interesarse cada vez con mayor frecuencia en otras etapas del pasado nacional. Que de entre ellas se elija muy frecuentemente a la de Mayo, no tiene nada de extraño: si en la concepción revisionista tradicional el rosismo tenía el papel de *ancien régime* destrozado por el resentimiento de los letrados, un examen de ese régimen afinado por las nuevas experiencias políticas argentinas reveló a algunos escritores revisionistas lo que en él sobrevivía de la herencia revolucionaria: el continuador de la colonia es ahora presentado como jefe de una revolución democrática, inconcebible sin el previo ciclo de luchas emancipadoras. Es preciso definir, entonces, ese ciclo mismo, mostrar cómo el rosismo pudo legítimamente heredar de él sin quedar manchado de las tendencias europeizantes, liberales o jacobinas, bajo cuyo signo el revisionismo había colocado muy frecuentemente a toda la acción revolucionaria que comienza en 1810.

Para interpretar a la Revolución de Mayo el revisionismo debía definir sus posiciones, no frente a una corriente tradicional, sino a dos: una liberal, que veía, a través de disidencias circunstanciales, una continuidad ininterrumpida de esfuerzos a través de Moreno, Rivadavia, Alvear, Pueyrredón y de nuevo Rivadavia, una democrática, que veía en los caudillos litorales y luego en Dorrego a los continuadores de la línea revolucionaria que Moreno intentó infructuosamente imponer. Ninguna de estas dos corrientes podía satisfacer al revisionismo; ambas, sin em-

bargo, influyen en los que, con intención de inaugurar una nueva, se acercan a examinar el proceso que se abre en Mayo.

De estas aproximaciones revisionistas a la Revolución, tres ejemplos recientes nos muestran, en un cuadro singularmente completo, cuáles son las perplejidades, cuáles las insuficiencias que vienen a limitar su eficacia.

El primero cronológicamente, el más endeble desde el punto de vista de la investigación histórica y también en cuanto al rigor interpretativo, es el de Federico Ibarguren, *Así fue Mayo*.¹ Bajo este título apodícticamente seguro, Federico Ibarguren quiere darnos, en ciento cincuenta páginas, la historia de los cinco primeros años de la Revolución. Todo este período puede ser caracterizado por la contraposición —válida, por otra parte, según Ibarguren, para cualquier momento y lugar— entre un elemento estático, la tradición, y uno dinámico, que nace de un examen racional de esa tradición y, tras de condenarla, le contrapone un ideal revolucionario. Se advierte aquí hasta qué punto sigue fiel Ibarguren al exasperado intelectualismo que viene de los maestros franceses de nuestros revisionistas: a través de Maurras este esquema interpretativo del hecho revolucionario le llega del Taine de la *Histoire de la France contemporaine*. Al adoptarlo, Ibarguren parece resolver de antemano un problema que los demás revisionistas van a examinar con más cuidado, porque así conviene a las ideologías que sustentan, pero también porque la complejidad del proceso que estudian así lo impone: el carácter auténticamente revolucionario de una revolución que no viene a demoler a ningún antiguo régimen, que surge cuando ese antiguo régimen ha caído ya en pedazos. La Revolución de Mayo es, para Ibarguren, una efectiva revolución, y, por lo tanto, en ella chocan, como se decía hacia 1850, el partido del movimiento y el de la resistencia. Pero entre ambos Ibarguren no va a optar por el segundo: afirmará la necesidad de un tercer grupo, superador de lo que hay de excesivo y abstracto en ambas posiciones extremas. Al llegar aquí se esperará encontrar, una vez más, esa pretensión —que los hechos iban a revelar reiteradamente excesiva— que caracteriza a todos los fascismos: la superación dialéctica de las tendencias en lucha en la sociedad civil mediante ese elemento mediador que es el poder político, el Estado. Pero quien esperase algo de esto se equivocaría: por una involución no infrecuente en nuestros revisionistas, el modelo europeo no es ya para Ibarguren el del fascismo del siglo XX, sino el del conservadorismo del XIX: su exaltación de la tercera fuerza no es sino la adopción del *juste milieu* como criterio de orientación histórica. Con ese criterio orientador, Ibarguren se declarará primero por el saavedrismo, término medio entre ciserismo y morenismo; luego, por la posición de San Martín, término medio entre liberalismo

¹ Federico Ibarguren: *Así fue Mayo. 1810-1814*. Ed. Theoria, Buenos Aires, 1956.

porteño y federalismo litoral. Se advierte inmediatamente lo que hay de excesivamente esquemático en los planteos de Ibarguren, y hasta qué punto sus esquemas se adecuan mal a la realidad. Sin duda, es ya algo forzado identificar al cisnerismo con la tradición, si es que no se advierte que esa misma tradición es el fruto de un proceso histórico muy complejo: Cisneros está más cerca de la monarquía ilustrada a cuyo servicio se ha formado, que de las actitudes que Ibarguren tiende a identificar con la totalidad del legado tradicional hispánico. Pero aún peor cumple su papel de polo tradicionalista el federalismo litoral: revolucionario, republicano, partidario, antes que cualquier liberal de Buenos Aires, de la libertad civil para los disidentes y sus cultos, abierto a los influjos diplomáticos anglosajones y al ideológico de la revolución de independencia norteamericana, Artigas es aquí el inesperado jefe de unas masas formadas en el apego a la tradición medieval por la Compañía de Jesús. Si Ibarguren no advierte del todo esa inadecuación de la realidad a su esquema es porque, formado en el ejemplo de publicistas acostumbrados a violentar implacablemente el pasado para adecuarlo a esquemas no menos arbitrarios que el suyo, encuentra del todo legítimas sus brutales mutilaciones retrospectivas. Pero también porque conoce muy imperfectamente ese pasado al que así maltrata: en esta obra que pretende ir contra toda una corriente de historiadores excesivamente conformistas, repetidores de los resultados de estudiosos anteriores, hemos de ver elevadas a la categoría de fuentes históricas inapelables a los manuales que el padre Lafont compuso para los estudiantes de las escuelas medias... La sobriedad en el uso de fuentes menos inseguras viene, muy evidentemente, de que Ibarguren ni las conoce ni ha creído preciso estudiarlas para trazar, por fin, el verdadero rumbo histórico de la Revolución. Es muy característica en este sentido la cita, en las págs. 141-142, de los *Apuntes de Historia Económica* de Juan Pablo Oliver, que en el pasaje reproducido sigue muy de cerca un texto clásico sobre el tema monetario, el nada recóndito de Emilio Hansen, *La moneda argentina*. Al parecer, Ibarguren sólo a través de esos apuntes se ha enterado de que las monedas acuñadas con el escudo de la Asamblea del Año XIII, mal recibidas por el público, fueron declaradas de curso forzoso; no parece, por el contrario, que el texto de Oliver haya despertado en él ninguna reminiscencia, como la despierta necesariamente en cualquiera que conozca medianamente la bibliografía del tema que Ibarguren ha escogido para su libro. Pero las verdades de manual, y aun de manual tendencioso, no son la única compañía que el lector encontrará al recorrer las páginas de *Así fue Mayo*: a veces Ibarguren parece también recordar algo vagamente sus manuales. En las págs. 150-51 Ibarguren advierte —por fin— que Artigas, aun sin incurrir en lo que su actual admirador llama "liturgias liberales perturbadoras", fue un decidido republicano. La explicación es —como siempre en estas páginas— muy simple: "Buenos Aires habíase

transformado a partir de 1813 —a las órdenes de una camarilla apoyada por Gran Bretaña desde Río de Janeiro— en una sucursal vergonzante de aquel *Superestado* regulado (con carácter de factoría), cuya orientación efectiva estaba en manos de la Santa Alianza". La monarquía hubiese sido entonces "el cúmplase resignado a los dictados foráneos del Congreso de Viena". Así entendido, el revisionismo abre —como comienza a advertirlo el consternado lector— un campo inesperadamente amplio a la libertad creadora del historiador. Pero esa curiosa empresa de renovación histórica corre riesgo de ser estéril, como toda aquella en que la necesaria audacia no va acompañada de la no menos necesaria seriedad de propósitos.

Esa seriedad ha de encontrarse, en cambio, en la obra de Edberto Oscar Acevedo, *El ciclo histórico de la Revolución de Mayo*.² El autor, gracias a un contacto más profundo y meditado con la tarea de investigación histórica, no resolverá, como Ibarguren, los más complejos problemas sin advertir su complejidad misma. Por el contrario, diríase que la advierte con exceso; no ignora por otra parte que ha compuesto su obra en condiciones de trabajo que no son las óptimas (al parecer, Acevedo no ha podido utilizar al escribirla ni aun las fuentes más accesibles y necesarias; por ejemplo los textos que cita de Moreno los toma —y muy honradamente así lo indica en nota— de transcripciones de José Luis Romero y Enrique Ruiz Guiñazú, pág. 139). Por todo ello, no aventurará opinión sin antes haber resumido lealmente las de los estudiosos anteriores, y se esforzará constantemente en que la propia no innove en lo esencial frente a las que le anteceden. Sólo que en la selección de éstas se revelan ya preferencias muy significativas. No es que Acevedo se apoye incautamente, como Ibarguren, en la obra de publicistas sólo aficionados a la historia: se esfuerza, por el contrario, en mantener el nivel de seriedad erudita de su bibliografía, y si cita al, según parece, inevitable Lafont, sabe, por lo menos, que su *Historia de la Constitución Argentina* es menos imponente que el manual escolar preferido por Ibarguren. Pero buena parte de los autores aquí utilizados —los de la escuela sevillana en cuya órbita se mueve Acevedo— conocen también ellos bastante superficialmente los hechos que intentan arbitrariamente interpretar: sus errores no pueden haber escapado a un conocedor más que discreto de nuestro pasado, como lo es Acevedo, que, sin embargo, cita a Peñalver Simó o a Gil Munilla, no sólo por escrúpulo erudito de agotar los antecedentes acerca del tema analizado, sino para recoger y aplicar sus enseñanzas, apoyadas en una imagen algo borrosa de la Hispanoamérica de comienzos del siglo XIX, a la Argentina de Mayo. Ahora bien, esas enseñanzas retoman con menos audacia imaginativa la interpretación que del proceso

² Edberto Oscar Acevedo: *El ciclo histórico de la Revolución de Mayo*. Publicaciones de la Escuela de Estudios Hispano-americanos. Sevilla, 1957.

emancipador propuso Marius André, depurada de algunos de los muchos contrasentidos con que la adornó su expositor francés. Ésa es también la interpretación que propondrá Acevedo, si no como imagen fiel de la totalidad del proceso revolucionario, sí como resumen acabado de lo que en ese proceso hay de sano y aceptable. Pues Acevedo sabe ya que, cualquiera sea el esfuerzo de interpretación reverente del pensamiento y las actitudes revolucionarias, hay en uno y otras algo de irreductiblemente perverso: "Aquellos seis años (1810-1816) ... son verdaderamente cruciales para la historia argentina. Y son años gloriosos. Solamente que... una mancha, la de la postiza ideología extranjerizante y desarraigada, pero de moda entonces, vino a provocar los primeros males en el ser nacional, corroyendo sus energías, maniatando sus miembros, debilitando otros y buscando disponerlos en la mejor manera para ser fagocitados por el imperialismo del país que en ese siglo predomina en el mundo" (págs. III-IV). Existe, en otras palabras, una revolución buena, la de las fuerzas tradicionalistas temerosas de ver a la España americana girando, como la europea, en la órbita del imperio heredero de la Revolución francesa. Existe una revolución mala, la de los hombres que, por adhesión intelectual a principios abstractos, orientan el país que nace hacia la órbita de las naciones que se rigen internamente por esos principios. Tal es lo que promete el prólogo. En el texto mismo encontraremos una tercera revolución, la más importante de todas: la de la burguesía en su conjunto, en la que Acevedo, sobre la fe a la vez de José Luis Romero y de Octavio Gil Munilla, ve el elemento decisivo de la revolución. Esa revolución burguesa no tiene signo ideológico propio, es ante todo una sustitución de grupos gobernantes, pero, precisamente por esa indigencia de ideas, corre riesgo de hacer suyas las banderas de la pequeña pero audaz minoría liberal...

Se ve de inmediato la heterogeneidad profunda de las interpretaciones entre las cuales Acevedo no cree necesario elegir, y que tampoco se esfuerza por coordinar. La oposición entre dos corrientes ideológicas nos lleva a un sistema explicativo que comparte el intelectualismo común a toda la tradición revisionista (aun para hombres tan atentos a las realidades como los Irazusta, la oligarquía es, ante todo, una actitud intelectual³), enraizada en las doctrinas francesas antes señaladas. La segunda hipótesis explicativa, en cambio, pretende ver en la revolución el choque entre grupos humanos separados no tan sólo por creencias, sino también por modos de vivir, por apetencias e intereses. Si de la primera se pasa a la segunda, es porque, aun sin criticarla explícitamente, Acevedo no puede dejar de tomar en cuenta su insuficiencia. Sin duda, tal como es usual, no renuncia a interpretar las acciones de los revolucionarios más

³ Rodolfo y Julio Irazusta: *La Argentina y el imperialismo británico*. Tor, Buenos Aires, 1934, pp. 102 y ss.

avanzados como manifestaciones de un espíritu utópicamente innovador que ignora a la vez que desprecia la realidad, en lucha contra un realismo que se identifica (de acuerdo con una suerte de dogma muy difundido entre los historiadores tradicionalistas) con el tradicionalismo. Y para ello se apoya en los desarrollos de Zorraquín Becú, en los que se contraponen al espíritu innovador de Buenos Aires el apego del interior a las formas de vida tradicionales. Y para permanecer más fiel a ellos, falsea los elementos mismos de la historia que relata (baste indicar que sólo destina cinco páginas a la oposición artiguista contra Buenos Aires, lo que muestra que el cauteloso Acevedo puede, cuando es preciso, mostrar mayor audacia que el audaz Ibarguren). Y todavía interpreta cada uno de los rasgos del grupo revolucionario más avanzado sobre una clave estrictamente ideológica: el centralismo porteño es corolario ineludible de ciertos principios liberales... Pero, para quien se dedica a examinarlos —así sea llevando a ese examen toda suerte de prevenciones— y no a ignorarlos, los hechos alcanzan por último una extraña fuerza persuasiva, y Acevedo debe concluir por aceptar que una guerra civil de quince años no puede deberse solamente a ciertas discrepancias ideológicas. La lucha entre los hijos de la luz y los de las tinieblas se trasmuta entonces en la tensión, dentro del movimiento revolucionario, entre una mayoría moderada, caracterizada por su realismo, pero también por cierta vacilación al fijar los objetivos finales de la acción revolucionaria, y una minoría radical y decidida que, por su parte, sabe perfectamente qué busca, pero no tan bien cómo ha de lograrlo. Esta imagen nueva tiene el mérito de adecuarse mejor a los hechos mismos, a la historia del decenio posterior a 1810. Tiene, además, el de establecer una continuidad entre esa historia y la que sigue: para Acevedo, no tiene duda que la burguesía moderada se continúa en el partido Federal, y la minoría radical en el Unitario (una noción que, sin embargo, merecería ser cuidadosamente revisada). Pero si esa imagen de la Argentina posterior a 1810 no carece de una interna coherencia, es, en cambio, totalmente contradictoria con la imagen que Acevedo da de la revolución misma. Para Acevedo, en efecto, la tarea principal de la revolución moderada era la conquista de la independencia política; sin embargo, en la génesis de la revolución pondrá en primer plano el temor a compartir la metamorfosis liberal que ha de sufrir España bajo el dominio francés; es la extrema lealtad a la España tradicional la que conduce rectamente a la separación de la oficial. ¿Es imposible coordinar ambas imágenes? Sin duda, no lo es, pero para coordinarlas eficazmente sería preciso examinar con rigor las cambiantes posiciones de los concretos hombres y grupos que actúan en el escenario rioplatense. En cambio, la historia que traza Acevedo es atterradoramente abstracta: lo que él sigue son míticas genealogías de ideas, en que un sistema engendra por partenogénesis al siguiente. Aun cuando parece evadirse de esta atmósfera demasiado límpida, no escapa a ella: así intro-

duce la noción de burguesía sin preguntarse nunca a qué corresponde en concreto en el Río de la Plata; su burguesía no es una realidad que exista con sustancia propia en el plano social, es tan sólo la traducción a términos de historia social de ciertas alternativas que sólo adquieren sentido en el plano que de veras interesa a Acevedo, el de la historia de las ideas desencarnadas (y si parece abandonarlo por un momento, el lector tiene derecho a sospechar que lo hace tan sólo porque son precisamente esas ideas cuyo contraste daba sentido a la historia las que se le han enredado y confundido; cuando retorne de su excursión por zonas más terrestres de la historia Acevedo traerá como botín, no un sentido más vivo y concreto de las realidades en que las ideologías inciden, sino un nuevo sistema de antítesis para continuar sus solitarios juegos). Sería injusto reprochar a Acevedo algo que es culpa de toda nuestra historiografía, y no sólo de la revisionista: ese manejo de términos demasiado vastos para designar realidades que no se conocen demasiado bien. Pero esa culpa común permite a Acevedo esconderse a sí mismo las vacilaciones y los contrasentidos de su reconstrucción del proceso revolucionario. No creo, sin embargo, que debamos detenernos en esto, sino para señalar cómo hay aquí también una teoría de la Revolución como lealtad extrema a la España tradicional que sirve de punto de partida forzado para desarrollos que la contradicen. Del mismo modo, antes que Acevedo, también Ibarguren, que no se rehusa el derecho de contradecirse, presentará a la Revolución como una lucha a la vez contra la España bonapartista y la liberal que nace en Cádiz, e identificará con esa rebelión tradicionalista y españolista un movimiento que tiene por objetivo principal la Independencia, cargada para algunos de un contenido ideológico revolucionario, para otros más moderada en sus objetivos y respetuosa de la realidad heredada.

¿Por qué esa adhesión a un esquema interpretativo que luego se deberá traicionar? Acaso se deba tan sólo al prestigio que conserva en estos autores la tesis que primero les abrió una posibilidad de apartarse de la de la historiografía tradicional, acaso se explique mejor por su actitud política; enemigos de toda revolución afirmarán, con incoherencia lógica, pero extrema coherencia afectiva, que la Revolución de Mayo no es tal revolución, sino una restauración, y sucesivamente que sí es una revolución, pero que carece de esa orientación según ideales opuestos a la realidad vigente, que es lo específicamente perverso de las revoluciones: el movimiento de Mayo, simple adaptación guiada por criterios empíricos a una realidad que se transforma irreversiblemente, tiene así su digno coronamiento en el federalismo rosista, por el cual esa nueva realidad es encuadrada en esquemas tradicionales. Pero aun el rosismo consideró como hecho definitivo la independencia, la quiebra de la unidad hispánica. Por mucho espacio que se conceda en ella al tradicionalismo, la restauración rosista se revela a través de este hecho esencial como irreduc-

tiblemente distinta de la restauración del orden hispánico que habría sido el objetivo primordial de los esfuerzos comenzados en 1810.

La adhesión a esa imagen de la Revolución como testimonio de lealtad al pasado hispánico es lo que permite incluir al más breve y denso estudio de Roberto H. Marfany, *El pronunciamiento de Mayo*⁴, entre los esfuerzos por proporcionar una imagen revisionista del proceso abierto en esa fecha. Sin duda, Marfany se defiende de esa inclusión, y se proclama continuador de la tradición de extrema imparcialidad que hizo suya la Nueva Escuela (la frase ciceroniana que ha puesto como epígrafe a su trabajo continúa muy bien en el espíritu a la otra frase latina que llevaba en la portada el *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*). No sólo en esa actitud inicial continúa Marfany a la Nueva Escuela; también viene de ella el interés por el enriquecimiento del saber histórico mediante investigaciones y aportes originales de documentos, la noción acaso ingenua, pero saludable, de que el historiador, si no está obligado a comprender los hechos que estudia (y acaso está por el contrario obligado a no comprenderlos, pues comprenderlos significa interpretarlos, y esta operación está necesariamente manchada de subjetivismo), debe, por lo menos, conocerlos lo mejor que pueda. Es esa fidelidad a los métodos del trabajo erudito lo que explica quizá la resistencia de Marfany a ser incluido entre los revisionistas: basta comparar su precisa —casi pedantemente precisa— reconstrucción de los hechos con las audacias de Ibarguren o las demasiado explicables reticencias de Acevedo para entender cómo la afinidad ideológica puede no ser suficiente para sanar una divergencia de criterios sobre la tarea misma de historiar. Y esa minucia erudita es recompensada: el trabajo de Marfany recoge, a diez años de distancia, lo esencial de su estudio *¿Dónde está el pueblo?*, pero la eficacia de ese trabajo la encontramos ahora no sólo en la nueva versión que de él nos da su autor, sino ya antes en las exposiciones de Ibarguren y Acevedo, que al seguirlo pierden por un instante su imprecisa vaguedad. ¿Cuál es la tesis de Marfany? Para él la Revolución de Mayo es un movimiento minoritario, al que permaneció ajena la mayor parte de la población de Buenos Aires; es también un movimiento militar: en efecto, será la intervención de los regimientos criollos la que decidirá en último término la caída del poder virreinal. ¿Es esta tesis realmente novedosa? En su primera parte no lo es; está en la base misma de la imagen que de la Revolución elaboró Mitre: una constelación de ideas que, adoptada en un clima histórico determinado por una escasa minoría innovadora de Buenos Aires, conquista sucesivamente a las masas campesinas y adquiere con ello un sentido distinto y en algunos aspectos opuesto al originario. El carácter minoritario del pronunciamiento no era entonces ignorado; mérito de Marfany es sin embargo haberlo sub-

⁴ Roberto H. Marfany: *El pronunciamiento de Mayo*. Theoria, Buenos Aires, 1958.

rayado decididamente, rompiendo con las reticencias de la historiografía tradicional, deseosa de respetar a la vez los hechos y los mitos patrióticos. Sólo que la prueba que de su tesis da Marfany es extremadamente débil: a través de ella nuestro autor se muestra fiel a la Nueva Escuela no sólo en las tendencias generales sino también en las manías eruditas que la caracterizaron. Una de ellas fue el extremo respeto a los datos que proporcionan los documentos oficiales: explicable como reacción al uso indiscriminado de la tradición oral, esta actitud llevó a una verdadera atrofia del sentido crítico cuando se trataba de utilizar esos documentos. Marfany todavía participa de ella cuando cree prueba decisiva el hecho de que en la renuncia colectiva de la Junta del 24 de mayo se menciona a la oposición que ella encuentra como proveniente de una parte del pueblo, y no de la totalidad del mismo. Esa renuncia viene firmada por Saavedra y Castelli, por lo tanto ambos compartirían la opinión allí expresada. . . Conclusión excesivamente rápida: a Saavedra y Castelli interesaba sobre todo obtener la aprobación de Cisneros a la renuncia colectiva y no dar una imagen fiel o conveniente para su grupo de la situación que originaba esa renuncia: el acta toda es un hecho político concertado por acuerdo entre partes entre sí hostiles, no un esfuerzo por conocer teóricamente la situación tal como se estaba desarrollando. Igualmente es tendencia que viene de la Nueva Escuela la de apreciar excesivamente el documento inédito, no sólo cuando proporciona datos nuevos y desconocidos, sino cuando se limita a expresar opiniones que deberían ser alineadas junto con otras que no por conocidas desde más antiguo son menos atendibles. El erudito, llevado por el afecto hacia sus descubrimientos personales, llega a valorar en exceso los datos que ellos aportan; aquí Marfany tenderá a tomar por informes fidedignos los que las despechadas víctimas de la Revolución envían a la Península; es extraño que quien ha vivido cuanto ha ocurrido en la Argentina en los últimos quince años no sepa que en el cálculo de las multitudes que se congregan en una plaza el prejuicio político suele primar sobre criterios más objetivos. Pero sobre todo es el planteo básico de Marfany el que no ha sido suficientemente meditado: para él es minoritaria una revolución en que no participa la mayoría, estadísticamente determinada, de la población del lugar agitado por la revolución misma. Así consideradas las cosas, el problema pierde todo sentido: es dudoso que Marfany pueda encontrar en el pasado universal una sola revolución que no sea de minorías. Sólo que las conclusiones obtenidas por este planteo Marfany las aplica, del todo ilegítimamente, a un planteo diferente: la popularidad mayor o menor de la revolución se mide ahora por la participación de los grupos que integran la sociedad revolucionada, participación que significa algo más complejo y también más impreciso que luchar en una barricada o vociferar en una plaza. Marfany afirma que también en este segundo sentido —que él no distingue del primero— la Revolución de Mayo comenzó por no ser po-

pular; es posible aceptar esta conclusión sin admitir que Marfany haya aportado pruebas realmente convincente para fundamentarla.

Más original es la segunda parte de la tesis de Marfany. Sin duda, el aporte militar al pronunciamiento no había sido ignorado, pero la imagen tradicional del mismo tendía a ver en el ejército nada más que la expresión armada de la ciudadanía porteña. Marfany demuestra largamente —y con extrema brillantez— que el pedido de designación de la Junta del 25 proviene de los cuarteles; demuestra también, con no menor minuciosidad, que el ejército del que el pedido proviene es en verdad un ejército y no una milicia popular o una guardia nacional, no un pueblo en armas. Esta demostración es acaso innecesaria, pues el hecho no es desconocido por los historiadores que subrayan la estrecha vinculación entre fuerza armada y grupo revolucionario civil. Pero es que para ellos el problema no se da en los términos en que Marfany lo plantea: lo que les interesa es establecer si el ejército actúa como una unidad con objetivos y métodos distintos de los de sus aliados. Se verá que no ocurre nada de eso: el ejército no actúa unitariamente; está dividido internamente por una línea de clivaje que ya se ha manifestado el 1º de enero de 1809. Tampoco el grupo revolucionario militar actúa separándose rigurosamente del grupo revolucionario civil; Marfany sólo puede señalar esa separación a través de textos muy tardíos y rabiosamente parciales, como la *Memoria* de Saavedra. Acaso, también aquí, se haya equivocado el problema esencial: las divergencias entre el grupo revolucionario, divergencias no sólo de orientación ideológica, sino también de trayectoria previa a la Revolución, que no pueden reducirse a diferencias entre burgueses y militares. Pero si Marfany acepta esa reducción es porque, sin meditar en los fundamentos mismos en que apoya su trabajo, viene a proyectar ingenuamente hacia el pasado una imagen de las relaciones entre ejército y política válida para el momento en que Marfany escribe. De nuevo aquí venimos a descubrir cómo Marfany es leal a la tradición de la Nueva Escuela aun en sus más graves limitaciones.

También es en extremo característico de esa tradición el final que da Marfany a su trabajo. Si hasta la pág. 85 ha intentado, con extrema minucia erudita y relativa felicidad, probar tesis menos innovadoras de lo que a primera vista parecen, a esa lenta y cautelosa marcha sucede una conclusión audaz y vertiginosa: "El mismo grupo de esforzados ciudadanos que en 1806 y 1807 abrazó la carrera de las armas para defender a la patria de la invasión extranjera, asumió en 1810 la responsabilidad de crear un gobierno propio para preservarla de la dominación napoleónica".

He aquí una conclusión que no estaba en las premisas. En efecto, el carácter popular o minoritario, civil o militar de una revolución es un problema distinto del de los objetivos de esa revolución: Marfany procede, esta vez, como si creyese que ambos problemas no son sino uno solo. Con esta frase final, no apoyada en ninguna comprobación previa,

nos devuelve al que era punto de partida para toda reconstrucción revisionista del proceso revolucionario. Es esta inesperada y no fundamentada conclusión la que acerca este trabajo a los antes mencionados; muy evidentemente es esa interpretación de la Revolución como alzamiento antinapoleónico el núcleo mismo de la imagen revisionista del proceso inaugurado en mayo. Pero lo es de muy curiosa manera: una vez enunciada, la teoría debe ser dejada de lado cuando se trata de interpretar el proceso revolucionario. Punto de partida o punto de llegada del historiador revisionista, la tesis de una revolución antinapoleónica se caracteriza por ser irreductible al esquema que la precede o la continúa. Irreductible a cualquier esquema interpretativo, aun a los elaborados con la intención de adecuarlos a ella, esta tesis no es menos incompatible con los hechos, con la situación del Río de la Plata hacia 1810. Sin duda no es difícil acumular testimonios de esta actitud antinapoleónica en los jefes del movimiento revolucionario. ¿Pero es verosímil que creyesen seriamente en el peligro de un dominio francés en América? No hablemos de las resistencias populares que ese dominio hubiese encontrado, baste señalar un hecho esencial, que los jefes de la Revolución no ignoraban, pues comenzaron apenas llegados al poder a utilizarlo como dato esencial para planear el futuro del movimiento: el absoluto dominio inglés de los océanos, ya no disputado luego de Trafalgar. ¿Y todavía hasta qué punto es cierto que los revolucionarios estaban dispuestos a retornar bajo la soberanía de Fernando VII? ¿No es más probable, dado lo que había ocurrido hasta entonces en los países dominados por los franceses, que, luego de la conquista francesa de Andalucía, no se dudase ya de que España había de ser organizada definitivamente como reino vasallo en la órbita napoleónica? De las consecuencias de esos dos hechos: dominio continental francés, dominio marítimo británico, los revolucionarios rioplatenses tenían un ejemplo muy cercano en Portugal y el Brasil. Más plausible es el temor de que, en una paz negociada, España sacrificase sus enteras posesiones americanas para reconquistar la independencia de la metrópoli. Pero ese temor no es un dato originario: es fruto de una conciencia ya madura de la divergencia de destinos entre España y sus Indias. Es precisamente esa conciencia la que hace que la acusación de traición frente al enemigo extranjero se prodigue tanto en los años finales de la unidad del imperio español: antes de servir de justificación al pronunciamiento del 25 de mayo de 1810, había servido para explicar el del 1º de enero de 1809. El problema principal no es sin embargo el de la sinceridad con que esa justificación se utiliza (aunque también ella es dudosa: basta advertir hasta qué punto los revolucionarios dependen de la no gratuita benevolencia de Inglaterra para comprender que su antibonapartismo no es necesariamente una actitud espontánea). Se trata de examinar qué importancia real tiene ese móvil, cuál es la de otros que nuestros historiadores suelen mencionar desde antiguo para explicar el hecho revolucionario. Este examen

nunca será efectuado con sinceridad por el historiador revisionista: la tesis antibonapartista es una suerte de pie forzado que acepta sin examen para tejer sobre él desarrollos que muy frecuentemente lo contradicen. ¿Pero no es en esa actitud esencial, más que en las concretas soluciones, donde el historiador revisionista se muestra fiel a las tendencias profundas del movimiento? Pues la unidad de éste sólo se reconoce en unas premisas nunca revisadas, y sin embargo negadas total o parcialmente por cada uno de los reales aportes que los historiadores revisionistas han ofrecido al examen del pasado argentino.

